Domingo 6 mayo 2007
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 13,31-35

La señal del cristiano

Si se pregunta a cualquier niño de catecismo: ¿Cuál es la señal del cristiano?, responde inmediatamente: «La señal del cristiano es la cruz». ¿De dónde deduce esto?

En el tiempo de Cristo la cruz era un signo de oprobio e ignominia; era un instrumento de tortura y servía para dar muerte ignominiosa a los condenados de condición despreciable. Un romano no podía ser crucificado. En los ambientes refinados de Roma la sola mención de la cruz era de mal gusto. Pero todo cambió cuando Jesucristo, en un acto de amor extremo a su Padre y al género humano, murió en una cruz: «Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y ¡muerte de cruz!» (Fil 2,8). Desde ese momento no se pudo separar el anuncio de Cristo del anuncio de la cruz, como lo asegura San Pablo: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1Cor 1,23-24). Y la cruz, que nos recuerda ese acto supremo de amor, pasó a ser objeto de gloria: «¡Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!» (Gal 6,14). Así adquiere sentido la sentencia de Jesús: «El que no tome su cruz y venga tras de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,27). Quiere decir que su discípulo debe entregar la vida, como la entregó él. A esto nos referimos cuando decimos: «La señal del cristiano es la cruz».

Pero en el Evangelio de hoy Jesús indica otra señal: «En esto conocerán todos que Uds. son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros». Es una señal inconfundible y también un precepto, su precepto, el que contiene toda la novedad de su enseñanza: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros». Pero lo propiamente cristiano de ese precepto lo aclara Jesús así: «Que, como yo los he amado, así se amen también Uds. los unos a los otros». La señal del cristiano es, entonces, amar a los demás en la misma medida que Jesús nos ha amado a nosotros. ¿Es distinta esta señal de la anterior? No, es idéntica, porque la medida del amor con que Jesús nos ha amado es la entrega de su vida en la cruz. Eso hizo él para que nosotros podamos tener vida eterna.

La señal del cristiano sigue siendo la cruz, o, en otras palabras, el amor a los demás hasta el extremo de en-

tregar la vida por ellos. Se configura así un cristianismo que está lejos de ser "light". La opinión de Jesús es que sólo merece el título de "discípulo" quien ama hasta ese extremo. Esto lo tendrán ciertamente en cuenta los Obispos que se reunirán en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, cuyo lema es: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida».

San Pablo, que es un modelo de discípulo y de misionero, tendrá que estar muy presente en esa gran asamblea episcopal. ¿Qué enseñaba él a los nuevos cristianos? Cuando volvió a visitar esas comunidades de Asia Menor que él había fundado, como nos relata la lectura de los Hechos de los Apóstoles que leemos este domingo, pasó «confortando los ánimos de los discípulos, exhortándolos a perseverar en la fe». Quisieramos saber qué es lo que les decía el gran misionero para conseguir ese objetivo. Todo lo que les decía está resumido en una sola palabra: «Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (Hech 14,22).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles